

Procesos de intervención comunitaria

*Adriana Soto Martínez**

El debate permanente sobre ¿al servicio de quién estamos? o ¿de qué lado estamos?, nos recorre, nos coloca y confronta a un incesante replanteo, a un inminente y a veces cansado análisis de nuestra práctica profesional y docente.

PATRICIA CASANOVA

LA PROPUESTA ACADÉMICA de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, no se reduce sólo a las innovaciones en la estructura orgánica institucional y al planteamiento metodológico educativo, sino que propone, como alternativa principal, la vinculación del quehacer universitario con las problemáticas de la sociedad.

Si bien es cierto que el sistema de administración por departamentos y no por facultades e institutos, así como la implementación del sistema modular como sustituto del sistema por materias, ha otorgado a la vida académica una forma alternativa de llevar a cabo los procesos de enseñanza-aprendizaje, es imposible dejar de reconocer que el papel de la universidad como agente activo en las transformaciones de la sociedad, ha promovido el principio de que el conocimiento no se acumula sino que se ejerce. De esta manera, el vínculo universidad-sociedad, constituyó un paradigma fundamental en la conformación de la carrera de psicología.¹

* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

¹ Es importante señalar que el proyecto educativo de la UAM debe ser pensado en función del imaginario social que inspiró el periodo de la contracultura. Esta época está caracterizada, entre otras cosas, por el cuestionamiento al autoritarismo en la escuela, la familia, el partido, los psiquiátricos y la gestión social en general. Propuestas como la antipsiquiatría, el movimiento estudiantil, el feminismo y otros movimientos en relación con la equidad e igualdad que harían públicos problemas que siempre estuvieron relegados al ámbito de lo privado, inspirarían de alguna manera el proyecto educativo de nuestra Universidad.

En un primer momento, la instrumentación de la licenciatura en psicología se enfrentó a la necesidad de distanciarse de las concepciones más tradicionales de esta profesión, caracterizadas, principalmente, por enfoques positivistas y experimentalistas. Así, la estructuración de la curricula quedaría fincada básicamente en la problemática del sujeto y la construcción de la subjetividad.²

En un inicio, gracias a los aportes de la escuela piagetana, se privilegiaron las reflexiones en torno a los procesos de aprendizaje.³ Otro momento en la génesis de la carrera estaría caracterizado por la influencia del psicoanálisis, teóricos como Marie Langer o Armando Bauleo fueron determinantes en el perfil de la licenciatura. La escuela de Pichon-Rivière de Argentina orientaría, también, hacia una idea de la psicología a partir del trabajo de grupos.

Desde un inicio quedaría formulada, en el perfil de la carrera, la necesidad de tomar en cuenta los aportes de otras disciplinas; de esta manera, la lingüística, la antropología, la filosofía, la sociología y las reflexiones teóricas y metodológicas del análisis institucional, entre otros, fueron conformando, a través del tiempo, el marco conceptual de nuestra disciplina.

² "Referirse al sujeto como objeto teórico y no a partir de su dimensión empírica es referirse a una conformación permanente desde diversos órdenes y es referirse a procesos [...] Las subjetividades colectivas, que como espacios de enunciación polisémica brindan la cultura a cada ser que nace y lo enmarcan en totalidades, lo dotan de una forma de leer la realidad, de aprehenderla desde sus propios registros, de transformarla a partir del conocimiento, y producen imaginarios, generan consensos, sostienen y reproducen mitos, tradiciones costumbres y comportamientos, significan la pertenencia de una raza, nacionalidad, clase y religión, soportan y valida órdenes del saber [...] Para pensar en el sujeto y la subjetividad, y a manera de hipótesis, me parece que resulta más fecundo invertir los términos. Es decir, pensar no en la subjetividad del sujeto sino en el sujeto de la subjetividad. En que cada cultura se recrea a sí misma en cada sujeto y cada sujeto da cuenta de ella, en que las subjetividades colectivas proponen los ejes a partir de los cuales cada sujeto se construye desde la inscripción en lo simbólico, desde una matriz de significaciones sociales" (Vargas, 1988:59).

³ Lo anterior queda más claro si observamos las temáticas que originalmente darían nombre a los módulos. En el anterior Plan de Estudios de la licenciatura, los módulos del Tronco Básico Profesional eran los siguientes: "Persona y sociedad" (IV trimestre), "Experiencia y aprendizaje" (v), "Procesamiento humano de información" (VI) "Desarrollo y Socialización" (VII) "Pensamiento y Creatividad" (VIII), "Comunicación y Lenguaje" (IX). Las áreas de Concentración en Psicología Social y en Psicología Educativa mantendrían el mismo nombre: "Intervención psicosocial: grupal, institucional y comunitaria" I, II y III, y "Sociedad, educación y aprendizaje" I, II y III, respectivamente.

Otro de los elementos que caracterizan al proyecto académico de la Universidad Autónoma Metropolitana, y por lo tanto a la carrera de psicología, es el propósito de integrar las tareas de investigación, docencia y servicio. De esta manera, el proceso de enseñanza-aprendizaje que se da en el trabajo de aula, se ve complementado con el trabajo de investigación que cada trimestre llevan a cabo los alumnos. "La investigación deja de ser una tarea superespecializada de una élite académica para convertirse en la estrategia privilegiada de la formación, que se concibe ya no como transmisión de información sino como el desarrollo del pensamiento y de la capacidad de reflexión crítica a partir de procesos de investigación de problemas socialmente definidos" (Baz, s/f:21). En esta misma lógica se incluyen los objetivos del servicio, función privilegiada para el proyecto de vinculación de la universidad con la sociedad.

En esta apretada síntesis acerca de las funciones del proyecto académico de la UAM-X y el perfil de la carrera de psicología, vamos a encontrar que el problema de la intervención ocupa un papel relevante. A las reflexiones sobre la producción y la transmisión del conocimiento se suma también el problema de la llamada "aplicación". ¿Cómo establecer los vínculos entre la universidad y la sociedad?, ¿de qué manera integrar los conocimientos a la realidad para que ésta pueda ser transformada?, ¿cómo operativizar el compromiso con la sociedad?, ¿cómo resolver el problema de la relación entre el conocimiento y la práctica? son algunos de los cuestionamientos que tienen como eje de reflexión el problema de la intervención, problema que además, ha ido cuestionando, a lo largo de la historia de la Universidad, nuestra labor de docencia e investigación. ¿Qué hacemos? y ¿cómo lo hacemos? son preguntas que constantemente interrogan nuestras prácticas.

Si bien los campos de acción que se ofrecen para los profesionales de la psicología han sido diversos —establecimientos gubernamentales, instituciones de salud, establecimientos educativos, empresas, iglesias, instituciones de asistencia privada (IAP), organizaciones no gubernamentales (ONG), grupos populares—, es importante señalar que las formas de intervención no se han dado sin tropiezos. Cuando los alumnos y profesores "aplican a la realidad social sus conocimientos" aparecen serias problemáticas en torno a cuestiones tales como conflictos de paradigmas, metodología, técnicas o herramientas, demandas y encargos, presupuestos, contratos, etcéte-

ra. Mencionar lo anterior tiene sentido puesto que da cuenta de la complejidad que aparece cuando hablamos de las formas de intervención comunitaria, problemática que hemos heredado de los psicólogos y hasta de los modelos desarrollistas y funcionalistas.

Así, en este escrito trataré de elucidar algunos de los elementos que hacen de la cuestión de la intervención un problema complejo; problema que debe ser pensado y reflexionado a partir de la heterogeneidad y los atravesamientos que la constituyen. Hablar de intervención, de intervención grupal, institucional o comunitaria no sólo es referirse a las técnicas que deben ser empleadas para optimizar la acción de quien interviene. Es necesario comprender que la comunidad, los grupos, las instituciones u organizaciones, son formas sociales colectivas sostenidas por una subjetividad social que las dota de sentido; por lo tanto, la implementación de dispositivos de intervención deberá, necesariamente, tomar en cuenta cuestiones tales como las relaciones que se establecen entre el sujeto y el objeto de estudio, el saber social y el científico, la relevancia de las problemáticas, la escucha, la negatricidad, las creencias, los deseos, las angustias.

Estas y otras problemáticas serán desarrolladas, aunque de manera breve, en el transcurso de este escrito. Retomaré también algunas reflexiones en torno a la génesis social y teórica de la intervención, pues ello me permitirá plantear algunas ideas respecto de la intervención comunitaria en el contexto actual de nuestra sociedad. La hipótesis que sostiene este trabajo es que la realidad se transforma y por lo tanto las estrategias de intervención también. La presencia de nuevos actores sociales que han problematizado cuestiones como violencia, sexualidad, educación o salud, nos obliga a replantear los modos en los que la psicología social se ha venido involucrando con estas temáticas. Los paradigmas asistencialistas, que han determinado muchas de nuestras acciones, han sido fuertemente cuestionados y las interrogantes en relación con nuestro compromiso y trabajo ético han definido las rutas de nuestro quehacer profesional.

Génesis teórica de los procesos de intervención⁴

La intervención comunitaria reconoce en sus orígenes múltiples herencias teóricas que coincidirán en vincular la investigación y la práctica.

Nuevas formas de análisis social se vuelven concebibles, mientras que, hasta ahora, las investigaciones tendían a ser una calca de las metodologías experimentales de las ciencias nobles y maduras a las que las jóvenes ciencias humanas buscaban asemejarse. De los laboratorios científicos y las experimentaciones reducidas a la manipulación de variables, en el seno de modelos hipotéticos para la administración de la prueba, se pasa a la perspectiva de una búsqueda de datos, incluyendo los testimonios obtenidos en "laboratorios" a cielo abierto, que coincida con tal o cual resquebrajamiento de la realidad social [Ardoino, 1981:141].

Uno de los modelos que da cuenta de cómo el saber científico va penetrando en las redes de organización social, es el modelo de atención médica; problemas como la salud, la higiene, la alimentación, la asistencia sanitaria, la prevención, el tratamiento o la rehabilitación, han sido abordados en relación al campo de trabajo, la educación o la crianza. De esta manera, factores como la herencia y el ambiente fueron abriendo camino a ésta y otras disciplinas al ámbito de la vida privada y cotidiana. Si bien es importante reconocer que los aportes de la medicina han sido indispensable en los procesos de atención a la población, también es necesario señalar cómo el profesional médico ha estado determinado por una lógica individualista y asistencial; como comenta el doctor José

⁴ Génesis social y génesis teórica son dos conceptos descriptivos del Análisis Institucional. El primero de éstos hace referencia a las condiciones de posibilidad social y política que permiten que una práctica se invente y se institucionalice; por su parte la génesis teórica tiene que ver con la historia de las ideas y de los conceptos que dan forma a las prácticas científicas. Cabe señalar que estos conceptos pueden, de cierta manera, emparentarse con las formulaciones de Lakatos respecto de la historia interna y la historia externa de las ciencia —conceptos que dan cuenta de la oposición entre la filosofía de la ciencia y la sociología del conocimiento. Si bien los conceptos de génesis social y génesis teórica no se corresponden punto a punto con las nociones de Lakatos, es importante señalar que nos otorgan elementos importantes para pensar sobre las condiciones de producción del saber. Las reflexiones sobre el saber científico y el social resultan indispensables en los procesos de intervención.

Bleger, "esperamos a que la gente enferme para curarla, en lugar de evitar la enfermedad y promover un mejor nivel de salud".⁵

Indudablemente, la intervención comunitaria hecha desde la psicología, se ha fundamentado, en muchos de sus casos, en un modelo médico-higienista de atención. Centrada en los procesos mórbidos y en la gestión de los riesgos, la intervención psicológica se convierte en heredera de una intervención de índole sanitaria fuertemente influida por los trabajos epidemiológicos que desde la psiquiatría se han llevado a cabo.

Otro de los linajes teóricos de la intervención comunitaria puede ser reconocido en la propuesta de Kurt Lewin en torno a la investigación acción; en este planteamiento vamos a encontrar una especie de deslizamiento progresivo del "investigador" al "interviniente". Considerando los grandes cambios sociales que se darían en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, Lewin estaría planteando la intervención del profesionista como un dispositivo de ayuda para la solución de problemas y la toma de decisiones. Si bien se reconoce en este autor una gran contribución al campo de la discusión metodológica y epistemológica, autores como Ardoino van a hacer notar el carácter fuertemente praxeológico de esta propuesta.

La investigación acción más corrientemente realizada desde Lewin es praxeológica, es decir, ciencia de la acción o más exactamente lógica de la acción orientada esencialmente hacia el conocimiento refinado, para la optimización de la práctica, articulando para ello, en el seno de un mismo modelo, las intenciones de la política, los cálculos de la estrategia y los riesgos de la táctica [...] Por supuesto, los objetivos se hallarán siempre privilegiados respecto de las finalidades, las intenciones y el proyecto [Ardoino, 1981:33].

La idea de Ardoino queda más clara si recordamos la famosa intervención de Lewin con las amas de casa estadounidenses y sus hábitos alimenticios; un contexto de guerra, una intención política, que obligaba a los ciudadanos a transformar su vida cotidiana, y una práctica de intervención: la investigación-acción, que colaboraba con ello.

⁵ Cabe recordar que Jacques Donzelot en *La policía de las familias*, ha dado cuenta de la conformación de una enfermería o medicina doméstica. La alianza entre el médico y la madre de familia conformaría una "policía de las costumbres" que redundaría más en favor del control estatal que en el beneficio real del desarrollo de los sujetos.

En una génesis teórica más cercana, vamos a encontrar los trabajos de Gómezjara en relación con el desarrollo de la comunidad. En una crítica a las estrategias gubernamentales de contener la miseria de miles de explotados mediante programas para desarrollar la comunidad, este autor plantea la idea de que el desarrollo comunitario, es decir el cambio y el mejoramiento de la comunidad, no debe venir desde afuera y desde arriba, sino desde dentro, tomando en cuenta sus necesidades y promoviendo una organización consciente.

Este nuevo desarrollo comunitario significa organizar independientemente y democráticamente a los explotados de las comunidades rural-urbano no para adaptar, incorporar o modernizarlas, según el modelo capitalista, sino para oponerle y sacarlas de ese proceso, a través de la crítica y la acción cooperativa solidaria en favor del cambio social radical [Gómezjara, 1977:13].

Cabe señalar que la perspectiva de este autor nos hereda algunos elementos para pensar el cómo, el por qué y el para quién de las prácticas de intervención. Ya desde el campo de los sociólogos se puede observar que las implicaciones políticas, los problemas en torno a la asistencia y la promoción, así como el carácter praxeológico del ejercicio profesional, comienzan a ser problematizados.

En el campo del trabajo social parecen encontrarse formas críticas de intervención que, inspiradas en los métodos antropológicos, amplían sus objetos de observación e implementan nuevas formas de proceder y de conceptualizar la intervención comunitaria. Temas tales como cultura, identidad, memoria y conciencia colectiva van siendo relevantes en las experiencias de terreno que fundamentan al trabajo social.

En este breve e incompleto recorrido disciplinario sobre la intervención comunitaria, no puede dejar de mencionarse el modelo de psicocomunidad impulsado por Cueli y Biro en la década de los setenta. De origen básicamente psicoanalítico, se planteaba un proyecto preventivo que permitiera un mejor nivel de salud, específicamente de salud mental. Algunos de los elementos centrales de este modelo son: la utilización de un grupo como instrumento explorador frente al grupo que constituye la comunidad, y el manejo continuo de las fantasías previas de los miembros

del grupo explorador y que se cotejan frente a las experiencias del trabajo en comunidad. Por ejemplo, el tipo de relación entre padres e hijos, la relación entre la familia y algunas instituciones del lugar como la iglesia o iglesias, la escuela, la delegación, etcétera, eran algunos de los elementos que se exploraban en este proyecto. Para Ricardo Blanco y Pablo Moch algunas de las características de este modelo son las siguientes: Asimetría en la relación supervisor, promotor y comunidad. Unidisciplinar. Estructurado, encuadre rígido: estrictamente definidos rol, objetivo, espacio y tiempo. Movilizador de ansiedades básicas inconscientes de la comunidad contenidas por el encuadre. Busca la reactualización de potencialidades de los miembros del grupo y de la comunidad (Blanco y Moch, 1993).

Aparecen también las construcciones teóricas y metodológicas de la psicología comunitaria o de la psicología social comunitaria, que tienen como fin la prevención de la enfermedad y la promoción de la salud. Recuperando diversos paradigmas disciplinarios, la psicología comunitaria trata de definirse a partir de un trabajo interdisciplinario y comprometido con la transformación de la sociedad. Entre sus principios, reivindican el contexto social como un texto; el carácter activo de los seres humanos; las capacidades, fortalezas y posibilidades de las comunidades; el conflicto como motor de cambio y los métodos cualitativos de intervención. Maritza Montero señala:

Aproximadamente podríamos describir a la psicología comunitaria como la rama de la psicología cuyo objeto es el estudio de los factores psicosociales que permiten desarrollar, fomentar y mantener el control y poder que los individuos pueden ejercer sobre su ambiente individual y social para solucionar problemas que los aquejan y lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social [Ferrullo, 2000:47].

Finalmente, es importante señalar que en el centro de estas reflexiones teóricas ha estado presente la discusión en torno a la definición del concepto *comunidad*; pese a las diferencias que podemos encontrar, sus planteamientos nos remiten a un concepto geográfico en su sentido físico y humano. Es decir, comunidad territorial y comunidad entendida en función de la distribución de la población y su infraestructura.

Sin embargo, creo que una reflexión sobre los dispositivos de intervención comunitaria, debe contemplar los sistemas de interferencia que se manifiestan en ésta; esto es, es necesario plantear a la comunidad como un contexto de máxima transversalidad, en donde la creación artificial de límites puede hacernos perder la complejidad de las relaciones que se establecen en ella. Los elementos culturales e identitarios, la historia, la articulación entre el presente y el futuro, la elaboración de proyectos y otras de las manifestaciones en las que se organiza el imaginario social —como producciones utópicas, esperanzas, memoria colectiva— aparecen como elementos centrales en los procesos comunitarios y de constitución de la subjetividad social.

En el problema de los sujetos hay una doble realidad: la que es aprehensible conceptualmente (condiciones estructurales, formas organizativas, patrones de comportamiento, actitudes), y otra que no es aprehensible con la misma lógica (experiencias, memoria, conciencia, mitos); esta conjunción de realidades, que define una ampliación en los mecanismos de análisis, desafía a la conciencia cognoscitiva a construir una relación de conocimiento que sea más congruente en la representación de la realidad con esta complejidad. El análisis de los sujetos supone como requisito tanto no darlos por terminados como concebirlos desde la complejidad de sus procesos constitutivos que tienen lugar en distintos planos de la realidad [Zemelman, 1995:14].

Lo anterior significa que cuando hablamos de intervención comunitaria no sólo tenemos frente a nosotros un conjunto indiferenciado de pobladores instalados en una delimitación geográfica. Hablamos de sujetos, no de objetos, con potencialidades que constantemente están transformando su realidad. Y esta transformación de la realidad sólo puede ser comprendida en el marco de la subjetividad social que, en palabras de Hugo Zemelman, incorpora la dimensión de la posibilidad. La comunidad entonces, deja de ser un agregado de individuos y pasa a convertirse en un espacio o contexto de reconocimiento común en el que se articulan información y cultura, conocimientos y tradiciones, experiencias y visiones y un conjunto de universos y significaciones que dan forma a un pensamiento que trasciende a cada uno de los sujetos.

De acuerdo con lo anterior, tenemos entonces comunidades heterogéneas con varios tiempos y espacios que coexisten; si bien la génesis teórica de la intervención comunitaria poco ha tomado en cuenta estos elementos, podemos plantear también una génesis social que da cuenta de las transformaciones en las relaciones sociales y que además de cuestionar nuestro lugar de expertos en los procesos de intervención, plantean a la psicología social nuevas demandas.

Génesis social de los procesos de intervención

Desde hace varias décadas, las reivindicaciones estudiantiles, guerrillas, luchas sindicales, acciones religiosas, movimiento urbano popular, feminismo y el inesperado alzamiento zapatista, son algunas de las acciones colectivas que se han levantado en contra de la sociedad instituida. Estos nuevos actores sociales, con sus demandas explícitas y con el conjunto de dimensiones imaginarias que los constituyen, nos llevan a replantear el problema de la intervención. La intervención comunitaria no puede seguir siendo la misma de hace veinte años; ahora tenemos una sociedad fuertemente politizada, con nuevas demandas y con procesos de promoción social que confrontan directamente las labores asistenciales de los especialistas.

Frente a un fuerte proceso de globalización, en el que la efectividad y el pragmatismo van definiendo las relaciones excluyentes entre los sujetos y el horizonte que se vislumbra obedece a un mundo tecnologizado, individualista, material, anónimo, atomizado, aparece, sin embargo, la presencia de aquellos actores cuyas resistencias los han llevado a implementar acciones de organización e intervención dentro de sus contextos.

Si bien muchas de las acciones colectivas que se han puesto en marcha contra la sociedad instituida—movimientos indígenas, religiosos, civiles, feministas, estudiantiles— han incidido evidentemente en los cambios de la sociedad mexicana, vamos a encontrar también otros grupos o bases más dispersas con una plataforma de organización autogestiva y actores sociales dinámicos de cara a las instituciones autoritarias de nuestra sociedad. De esta forma, el psicólogo o el profesional universitario difícilmente llega a un lugar en el que haya un vacío organizativo. Alianzas, mesas laborales, organizaciones de mayordomía, grupos anónimos, cooperativas de

ahorro y consumo, guarderías comunales, ligas de pepenadores, comuneros y ejidatarios, solicitantes de vivienda, albergues y comedores populares, organizaciones juveniles, etcétera, conforman un amplio abanico en los procesos preventivos y autogestivos dentro de sus colonias, ciudades, barrios, pueblos o municipios.

Así, los trabajos y propuestas para intervención comunitaria deben tomar en cuenta la profunda transformación de las relaciones sociales, promovida por la politización de los espacios colectivos y comunitarios.

Notas en torno a los procesos promocionales y asistenciales

En el centro mismo de las prácticas de intervención comunitaria, sea en sus orígenes teórico-disciplinarios o sociales, aparece una fuerte tensión en entre dos tendencias: los modelos asistenciales y los promocionales.

La institución asistencial, heredera de la caridad, la beneficencia pública y la filantropía, estará caracterizada básicamente por funcionar como un paliativo de los efectos de la marginación y la exclusión; por no atacar realmente las causas que originan la infelicidad de millones de personas; y por establecer un proceso de individualización de la necesidad.

La lógica promocional tendrá, entre una de sus más representativas características, la polémica de la autorización. La finalidad de la intervención promocional convierte al actor en autor, en el creador e incluso generador de sus propios procesos de transformación. El quehacer del psicólogo social, educador, investigador o algún otro interviniente está centrado aquí en promover en los sujetos la capacidad para autorizarse, reconocerse y decidir las cosas por ellos mismos.

[La promoción] se refiere, por un lado, al quehacer de los educadores sociales frente a los sectores populares, campesinos, indígenas, de trabajadores, mujeres, jóvenes, y otros, con el fin de que las relaciones entabladas entre ambos los conduzcan a transformarse mutuamente en sujetos activos de sus propios procesos, de su propia historia; esto es, que los vínculos construidos aporten no sólo respuestas y alternativas para las demandas vividas, sino elementos que generen capacidad teórica y metodológica para que los sujetos de la educación pue-

dan gestar sus propios proyectos en la perspectiva de una solución justa y de fondo a las causas de la situación que viven. Así, la promoción "parte de una posición frente a la situación social, de una conciencia histórica y ética [...] no se trata de un simple subsidio a las carencias populares [...] sino de poner en movimiento los procesos requeridos de transformación, y los sujetos que en ella deben participar [Reygadas, 1998:25].

De esta manera se puede observar cómo la intervención comunitaria, en el contexto de la psicología social, ha estado fuertemente asociada más que a los procesos promocionales, a los modelos asistenciales. El encargo social al frente "psi", analizado brillantemente por Robert Castel, y por Patricia Casanova para el caso de la práctica psicológica en nuestro país, es justamente el encargo oficial y estatal de mantener la normalidad, de prevenir los riesgos y de curar la enfermedad. Qué produce la desdicha de miles de personas, qué hace que la madre mate a su hijo, qué lleva al delincuente a acabar con su víctima, qué produce al niño de la calle, etcétera, son preguntas a las que no interesa dar respuesta, lo importante es maquillar estas condiciones y controlar la desviación.

En los procesos de intervención comunitaria que los alumnos y docentes llevamos a cabo en el contexto de las investigaciones o el servicio social, enfrentamos serías batallas respecto de los encargos oficiales por un lado, y las demandas sociales de la comunidad por el otro. Los espacios para la llamada "acción" de los profesionales se reducen, entre otras cosas, a implementación de talleres para que los huéspedes de hospitales, cárceles, psiquiátricos, albergues, casas cuna, o consejos tutelares "maten el tiempo" o "no se aburran"; sin embargo, por su parte los destinatarios de nuestros "saberes" se manifiestan por diferentes tipos de vías; se niegan a "colaborar", son violentos, nos solicitan dinero, dulces, el "chemo", nos seducen, nos ignoran.

Podemos observar entonces cómo, éstos y otros espacios, son dinámicos y por lo tanto nuestra labor profesional no puede quedar reducida a las funciones asistencialistas. Una reflexión constante sobre nuestra práctica profesional y docente, nos lleva a levantarnos contra la implementación de paliativos que instituyen *la infelicidad como condición para la supervivencia*.

De este modo, la intervención comunitaria tiene en los procesos de promoción un terreno, un espacio social privilegiado para mirarse críticamente y redefinir el proyecto y el objeto de su acción.

Lo anterior significa también que todo trabajo de intervención debe cuestionar el recorte apriorístico de su objeto de estudio. En los orígenes de la licenciatura en psicología de la UAM-Xochimilco, encontramos ya las primeras distancias en torno a las psicologías abstractas, psicologías que se separan del terreno y elaboran así sus problemas y supuestos desde un trabajo de escritorio. Tal y como plantea Ardoino, el trabajo del investigador e interventor deberá buscar la relevancia de la problemática, no pensar desde la abstracción las demandas del terreno; ello implica evidentemente la utilización de un método clínico, no en el sentido terapéutico, sino en la capacidad de escucha del terreno. El terreno de intervención, se convierte de esta manera, en un referente más.

Hay que insistir en nuestra toma de distancia de los paradigmas individualistas y los modelos desarrollistas —funcionalistas. Apostar a la intervención comunitaria más como un proceso de promoción que de asistencia, que no opone el saber social al saber científico.

El vínculo universidad-sociedad se complejiza cuando observamos que:

- Existen múltiples planos de la realidad social y por lo tanto ésta no puede ser entendida como única y sin movimiento.
- No se puede dejar de reconocer la fuerte politización y concientización que existe actualmente en diversos sectores de la sociedad.

La reflexión sobre estas dos cuestiones nos ha llevado entonces a distanciarnos de las lógicas que pretenden cambiar, influir o explicar "la realidad", asimismo se ha abierto un constante cuestionamiento sobre nuestras prácticas y hemos aprendido que no sólo existe el saber científico, sino que es necesario reconocer el saber social, ese saber que portan mujeres, jóvenes, niños, trabajadores, reclusos, grupos o movimientos organizados, acerca de su sociedad.

Si en nuestra Universidad, la investigación está planteada como una estrategia de conocimiento, el trabajo de intervención comunitaria está propuesto como un dispositivo de investigación. De esta manera, la intervención comunitaria debe tener un objetivo mucho más gnoseológico que praxeológico.

En este sentido estaríamos ubicándonos más en los paradigmas de la comprensión que en los de la explicación. Ardoino ha planteado, junto con Edgar Morin, la complejidad de los procesos sociales. Ésta, dice, no debe ser entendida como una característica o una propiedad de ciertos objetos, es más bien una hipótesis que el investigador-interventor debe elaborar a propósito de su objeto. Debemos escapar, señala, a la intención de descomponer (analizar), de reducir en elementos cada vez más simples la complejidad de los "hechos". De esta manera, el análisis ya no se define como tradicionalmente, por su capacidad de recorte, de descomposición, de división o reducción en elementos sencillos, sino por sus propiedades de comprensión y acompañamiento de los procesos sociales; desarrollando así, un proceso de trabajo clínico, de observación, y de escucha del terreno, no recorte apriorístico, sino relevancia de las problemáticas.

La ilusión de la pureza y de la transparencia de los fenómenos sociales es absolutamente puesta en cuestión.

Lo anterior significa entonces que todo trabajo de intervención comunitaria debe reconocer que la complejidad de la realidad no puede ser analizada o dividida en partes para su "profundización", sino que es necesario entender que lo que estudiamos son siempre fenómenos complejos. A continuación anotaré algunos de los elementos que son indispensables para pensar el problema de la intervención comunitaria.

El reconocimiento del objeto de estudio como sujeto

Los sujetos con los que intervenimos no son indiferentes a las producciones del saber que les conciernen (saber social), por lo tanto reaccionarán y van a interferir constantemente con los instrumentos de análisis e investigación que les sean destinados y perturbarán seguramente su funcionamiento. Como hemos convenido, la investigación es una estrategia de conocimiento, lo que tenemos que recalcar es que tal objetivo es susceptible de provocar una especie de contraestrategia. Hemos visto en nuestra experiencia que existe una gran capacidad de negación, de negatividad que difícilmente podrá ser eliminada del campo o del objeto. Reconocer la negatividad del objeto es reconocer a éste como sujeto.

Perspectivas **cualitativas**

No limitarnos a los comportamientos observables en el objeto-sujeto, es decir, no objetivarlo o reducirlo a los análisis estadísticos —esto es, reconocer su complejidad—, nos obliga a recurrir a métodos apropiados; métodos de carácter hermenéutico que permitan la comprensión de las dimensiones colectivas de la subjetividad. Reconocer y postular la complejidad de una realidad es, al mismo tiempo, renunciar a querer encontrarla o volverla a encontrar después de un tratamiento homogéneo.

Es importante señalar que técnicas como la observación-descripción, las historias de vida, las entrevistas y sus diferentes modalidades, la encuesta etnográfica, el análisis narrativo, el análisis del discurso o el análisis semiótico son algunos recursos de trabajo que no tienen una lógica propia o de autonomía relativa respecto del trabajo teórico; no son independientes y por lo tanto no es fácil combinarlos para cualquier trabajo teórico. Lo anterior significa que hay un conjunto de perspectivas que no hacen pertinente la participación de ciertos tipo de herramientas metodológicas.

De esta misma manera se puede plantear que el empleo de alguno de estos rubros metodológicos, no puede definirse apriorísticamente. Es importante también la inteligencia de las situaciones, reconocer las problemáticas del terreno y sus demandas.

Enfoque multirreferencial

Una mirada multirreferencial obedece necesariamente a una perspectiva metodológica. A diferencia de la postura interdisciplinaria o multidisciplinaria que se han asumido en muchas de las tareas de intervención, aquí estaríamos proponiendo un trabajo de carácter multirreferencial que asume la complejidad, el desorden y la heterogeneidad que aparecen en los procesos de inteligibilidad de la sociedad.

El enfoque multirreferencial se propone una lectura plural de la realidad social, sistemas de referencia distintos, específicos no reductibles unos a otros, como la sociología, antropología, historia, psicología, lingüística son los que deberán conformar la reflexión. El acercamiento multirreferencial va a dedicarse a hacer más legibles, a partir de lecturas plurales, los

fenómenos complejos; sin embargo, aquí es muy importante señalar que las distintas ópticas que se tomarán como referentes, no solamente contemplarán ángulos disciplinarios, sino que el enfoque multirreferencial adquiere ya sus primeras formas cuando se escucha al terreno; esto quiere decir, que el terreno mismo se convierte en otro referente en el proceso de conocimiento. Por ejemplo, la negatricidad del objeto es un dato de la investigación.

El objetivo del enfoque multirreferencial no es el mismo que el de los enfoques trans, inter o multidisciplinares, en los que, señala Ardoino, cada una de las disciplinas quiere conservar el uso propio de su lenguaje sin querer aprender y hablar el de los otros. Además, el proyecto de la trans, inter o multidisciplina apuesta claramente a la ilusión de la "totalidad" del conocimiento, como si los hechos sociales pudieran ser transparentes de una vez y para siempre.

El análisis de las implicaciones

Así como el objeto o el terreno se convierten en un referente más en el proceso de conocimiento, el sujeto de la investigación o de la intervención, es decir, el investigador o el interventor, son por sí mismos también un objeto de reflexión. Esto significa que cuando un "objeto" es convertido en un "objeto de estudio" se hace desde algún lugar, con alguna intención o propósito. Los investigadores e intervinientes no somos neutrales ni teórica ni epistemológicamente. Además, portamos posturas ideológicas, políticas, religiosas, de género, de clase, etcétera.

Ya desde Freud, y específicamente con Devereux, el análisis de los procesos contratransferenciales se convirtió en un elemento central en el desarrollo del conocimiento. No obstante, cabe señalar que si bien resultan de importancia las reacciones inconscientes del investigador o interventor que aparecen por su historia individual; la noción de implicación trata de tomar en cuenta éstos y otros elementos que son determinantes en el desarrollo de las prácticas. El análisis de los encargos sociales del investigador-interviniente, se convierte así en un dato más de la investigación.

[Implicación] Con esta noción quiero significar el conjunto de compromisos teóricos y prácticos, conscientes e inconscientes que el profe-

sional sostiene con diversos elementos y estructuras de una sociedad. La implicación del profesional puede conjugarse, entonces, de manera activa o pasiva. Implicarse significa comprometerse con una causa o actividad, con una forma social o con una acción [Manero, 1990:43].

La dimensión grupal, institucional y comunitaria

Lo grupal, institucional y comunitario no deben ser entendidos como instancias separadas. El conjunto de las relaciones sociales en una sociedad están atravesadas por estas tres dimensiones. Incluso, debemos anotar aquí también a las organizaciones. Desde algunas perspectivas teóricas el estudio sobre los grupos ha dejado de estar centrado en el grupo mismo, para reconocer la determinación de procesos mas amplios. Cuando Castoriadis propone su tesis sobre el imaginario social y sobre el conjunto de significaciones imaginarias que lo constituyen, abre la posibilidad de comprender las fuertes cargas de transversalidad entre estas tres formas sociales colectivas. Castoriadis, seguido por la vertiente francesa del análisis institucional, han planteado que cuando se habla de instituciones no se está hablando necesariamente de establecimientos o de espacios físicos, como comúnmente lo pensamos; sino que nos remiten más bien a esas formas y prácticas sociales que otorgan sentido y significado a una sociedad en un momento histórico determinado. En nuestra sociedad, por ejemplo, se puede hablar de la asistencia, de la calificación, del castigo o de la moda, como instituciones; en otras sociedades han sido instituciones el potlach o el derecho de pernada.

Hemos dicho que entendemos a la comunidad como un contexto de máxima transversalidad, en donde la cultura, identidad y formas en que el imaginario social se organiza, aparecen como elementos centrales en procesos comunitarios y de constitución de la subjetividad social. Los antropólogos nos han explicado algunas cuestiones relacionadas con los mitos o los ritos, con el eco y el viático de la memoria; sin embargo, vamos a encontrar en la reflexión sobre los grupos cómo es que se han ido constituyendo estos imaginarios; aquí es de gran importancia la elucidación en torno de las tensiones y procesos que se dan entre lo individual y lo colectivo. La teoría del campo de Lewin, la hipótesis sobre los supuestos bási-

eos de Bion, y evidentemente, el planteamiento pichoniano sobre dimensión operativa de los grupos, son algunas de las aportaciones para la comprensión de los fenómenos sociales. Hay que señalar entonces que al hablar de intervención comunitaria, necesariamente se está haciendo referencia al complejo entretejido de estas tres dimensiones.

A partir de las reflexiones anteriores, tenemos entonces que el trabajo de intervención debe reconocer, más que a una comunidad geográfica, a un conjunto de temas y problemas presentes en la realidad social. Así, problemáticas tales como la violencia intrafamiliar, el SIDA, la drogadicción, los derechos humanos, la autonomía indígena, las relaciones de género, el alcoholismo o la infancia en situación de calle se convierten en terrenos privilegiados de intervención. En estos contextos los psicólogos pueden intervenir críticamente, cuestionando no sólo el "cómo", sino el "por qué" de sus prácticas de intervención. El compromiso de la Universidad con la sociedad podrá ser más fructífero si pensamos que la práctica de sus profesionales no se reduce a una labor asistencial, sino que encuentra en los modelos de promoción, verdaderos procesos de transformación.

Bibliografía

- Ardoino, J., "La intervención: ¿imaginario del cambio o cambio de lo imaginario?", en Guattari, F. *et al*, *La intervención institucional*, Folios, México, 1981.
- Baz, Margarita e Isabel Jáidar, "Abriendo caminos: la psicología en la UAM-Xochimilco", texto para el área de Ciencias Sociales y Humanidades, *sf*, (inérito).
- Blanco, R. y Pablo Moch, "Intervención en comunidad: ¿víctima de la teoría o generadora de modelos?", en Osuna, P.; Serrano, R. y Vírseda J.A. (comps.) *Formación universitaria y promoción social*, UIA/Desarrollo de la Comunidad, A.C., México, 1993.
- Bleger, J., *Psicohigiene y psicología institucional*, Paidós, Argentina, 1984.
- Casanova, E (comp.), "Las profesiones en México", *Psicología*, n. 6, UAM-Xochimilco, México, 1990.
- Escontrilla, H., Rafael Reygadas y Adriana Soto (comp.), *La sociedad intervenida. Relatos de Patricia Casanova sobre psicología social, niñez y asistencia*, UAM-Xochimilco, México, 1999.

- Ferrullo, A. "Hacia la construcción de un marco teórico en psicología social comunitaria", en Ferrullo (comp.), *Recorridos en psicología social comunitaria. Perspectivas teóricas e intervenciones.*, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, 2000.
- Gómezjara, E., *Técnicas de desarrollo comunitario*, Fontamara, México, 1977.
- Manero, R., "Introducción al análisis institucional", en revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, n. 1, UAM-Xochimilco, México, 1990.
- Reygadas, R., *Abriendo veredas. Iniciativas públicas y sociales de las redes de organizaciones civiles*, Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia, México, 1998.
- Vargas, L., "¿La subjetividad del sujeto o el sujeto de la subjetividad?", en Jáidar *et al*, *Tras las huellas de la subjetividad*, Cuadernos del TIPI, UAM-Xochimilco, México, 1998.
- Zemelman, H., "La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloque histórico imperante: ideas sobre sujetos y lenguaje)", en Zemelman, H. (comp.), *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, UNAM/CRIM, México, 1995.